

Regalo de Navidad para los niños de todo el mundo.

-PROHIBIDA SU VENTA, LIBRO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA-



Raquel Soto

**He aquí que una virgen concebirá y  
parirá un hijo y le pondrá por nombre  
“Emmanuel”.**

**Que quiere decir: “Dios con nosotros”.**

**Mateo 1, 23**

## **Cuentos del Niño Manuelito**

**Texto: Raquel Soto De Los Reyes de Vega**

**Ilustración: Rosa Ximena Espinoza Vega**

**Bienaventurados los limpios de corazón,  
porque ellos verán a Dios.**

**Mateo 5, 8**

# El niño de la alforja mágica

Leandra con sus seis años recién cumplidos, miraba desde la ventana del dormitorio cómo la plaza de la Punta atardecía. El sol, que la miraba asombrado, comenzó a esconderse en un océano plateado y manso. Sus rayos anaranjados hacían gigantescas las sombras de las palmeras que cercaban su glorietta blanca y gótica que señalaba el centro. Algunas gaviotas volaban en formación, a dormir rumbo a los peñascos. El aroma y el murmullo del mar lo llenaban todo.

Le habían permitido ponerse su traje de fiesta bordado, pero con aquella chompita rosada que no le gustaba. Sabía que tenía que ponérsela, había estado muy enferma por esos días así que, resignada se la puso.

—¡Niña! ¡Niña!, ¿eres nueva por aquí? -desde la calle un pequeño niño la miraba curioso.

—Sí, hemos llegado hace una semana. Pasaremos la Navidad con mis abuelos.

— ¿No quieres jugar? ¿Estoy aburrido y sólo? ¡Sal! ¡Sal!

— No puedo -contestó Leandra- es muy tarde. Además, no salgo sola.

— Entonces... déjame entrar.

La niña bajó corriendo y aquel simpático pequeñín entró.

— ¿Cómo te llamas?

— Manuel —contestó.

“Debe ser Manuelito, pensó Leandra. Es tan “chiquitito”.

—¿Qué es eso? -preguntó la niña señalando la bolsita roja que le colgaba sobre pecho al pequeño.

—Es una alforja, de Monsefú. Es bonita, ¿no?

—Sí, muy bonita -pero pensó: “Con las justas le entrará un pañuelo”.

Jugaron a las muñecas, a la cocinita, a que ella era la mamá y a las escondidas. La pasaron muy bien. Aquel niño, no era como su primo Pepe que sólo se divertía con las ametralladoras y pateando la pelota de fútbol.

De pronto, el niño le propuso:

—¿Qué te parece si vamos a cocinar? Sé preparar rosquitas de manteca y ajonjolí.

—¿Tú?, ¡no lo puedo creer! Mejor una torta. ¡Una torta mora! ¡Uhm, una torta mora, muy mora! -gritó la niña.

¡Cómo le gustaba la que preparaba su mamá!, con ese intenso olor a naranja, llena de frutas secas y tan suavecita.

—Creo que podré hacer la masa -dijo tímida—. ¿Pero, tus roscas se hornean?



—Sí.

—Mala suerte, mi torta también. Tenemos que cambiar de planes. Me han prohibido tocar el horno.

—No te preocupes, sé cómo hornear sin prenderlo. Lo que no sé es cómo se preparan la torta.

—¡Yo sí! ¡Yo sí! -gritó entusiasmada Leandra.

En la cocina, la mamá había dejado listos los ingredientes de su famosa “torta mora”. Todo lo demás estaba con llave.

Entusiasmado Manuel, tomó un poco de harina, cortó un buen trozo de mantequilla, una pizca de sal y unas cucharadas de azúcar negra.

—Te faltan canela y ajonjolí

—No te preocupes, aquí tengo -y sacó el polvo y las semillas de la diminuta alforja. Leandra asombrada pensó que aquel niño era por demás extraño.

Mezclaron, amasaron, se tiraron harina por la cara, rieron y al fin ya estaban sobre la vieja mesa de mármol de la cocina de la abuela, cortando y enrollando la masa para las rosquitas.

El niño era un experto. Se veía que ya las había preparado antes. Sus manitas cortaban y enroscaban la masa siempre de la misma forma y tamaño. Era perfecto.

—¿Tu papá es panadero? -preguntó curiosa la niña.

—No, está en el negocio de las maderas.

Las rosquitas estuvieron listas en un santiamén. Ahora, era el turno de Leandra: batió la mantequilla con el azúcar, qué fácil le pareció. Añadió las yemas, el jugo y la ralladura de naranja, pero al echar la harina dijo preocupada:

—Es muy poquita y todavía faltan las claras.

—No te quejes, cocinerita, y apúrate que ya va hacer Nochebuena.

La niña siguió mezclando y mezclando

—Está muy aguada. Va a salir mal -sentenció.

—¡Ay! ¡Ay!, eres la “niña quejas”. A ver, a ver, ¿qué te falta?

—Quizá canela, quizá pasas, quizá pecanas, algunos higos secos y... Leandra siguió hablando y mientras lo hacía, Manuelito metía la mano, una y otra vez en la alforja e iba sacando, a cada pedido, todo lo que ella necesitaba.



—No me habré fijado bien, pero creo que tu alforja es bastante grande por dentro -dijo sorprendida.

—Sí, digamos que es una alforja mágica - contestó el niño y rió mientras le arrojaba a la cara, otra vez, un puñado de harina.

—¡No la desperdicies! La necesito para la masa y para espolvorear las frutas.

Pero no la escuchó. Y así, jugando, batiendo, riendo y tirándose harina estuvo lista la masa, que como era tan poquita, la pusieron en un molde de pan.

—Tanto trabajo y, ahora, ¿cómo vamos a hornear? -preguntó desconsolada Leandra.

—Hay una forma, pero prométeme que harás todo lo que te diga.

—¡Prometido!

—Yo besaré las rosquitas y tú besarás el pan.

—¿Qué? Estás loco, completamente loco -dijo la niña y meneando la cabeza descorazonada pensó:

“¿Por qué le habré creído?”

—Ahora, cierra los ojos y besa el pan que yo besaré las rosquitas -ordenó el niño. Leandra obedeció y cerró los ojos, estaba demasiado cansada para oponerse.

—¡Leandra! ¡Leandra!, despierta hijita te has quedado dormida sobre la mesa de la cocina, vamos a destapar al Niño, ya es casi medianoche.

—Estoy tan cansada —contestó, apenas abriendo los ojos.

—Cómo no vas a estarlo, has horneado rosquitas toda la tarde y este pan que huele tan rico.

—Que te dé la receta, que te dé la receta, ¡están buenazas estas rosquitas! no sé el pan, porque no me lo has dejado probar ¡Son mejores que las que hace tu madre! -dijo el papá mientras devoraba todo.

—¡Alto! ¡Alto! Nos quedaremos solo con lo estrictamente necesario. Vamos a llevar el resto a la parroquia, para el desayuno de Navidad de los niños de los Barracones ¿Recuerdas que ofrecimos llevar galletas y dulces? Has comprado tantos regalos para la familia y has olvidado tu promesa.

—Nuestra promesa querida -contestó el papá—. Mi pequeña cocinerita, ¡vamos, a lavarse la cara!, no sólo estás llena de sorpresas, sino también de harina - y mientras cargaba a su hija pensó el papá:

“Esta niña mía ya nos cuida las espaldas”.

Efectivamente, la pequeña tenía la cara y su precioso vestido, llenos de harina. Ella, aturdida, se preguntó:

“¿Dónde estará Manuelito? ¿Es que todo ha sido un sueño? No es posible ¿Y de dónde salieron el pan y tantas rosquitas?” No entendía nada. Miró por la ventana:

“Al menos, este cielo si es el de Navidad” pensó. Allí estaba esa noche clara con el cielo tornasolado y con apenas algunas nubes grises. La luna naranja



y redonda reía y lo alumbraba todo. Venus, la estrella azul, brillaba como nunca”. “Sí...sí, es noche de Navidad”, se repitió.

—Ahora ¿Ya podemos prender las luces del el Nacimiento y destapar al Niño? -preguntó el papá.

—Pero... ¿Por qué lo tapan? -y la voz de la niña no encontró respuesta.

Encendieron las luces de colores y entonces, apareció entre cerros y casitas de cartón el pesebre. Su madre quitó suavemente el pañuelo de gasa que cubría al niño. Leandra, subida en su pequeña silla de paja esperó ansiosa. Era la primera vez que le permitían quedarse hasta la media noche y ver de tan cerca al Niño Jesús.

— ¿Puedo tocarlo? -preguntó

— ¡Pero, si ya lo has tocado Leandra! ¡Mira cómo lo has dejado! ¡Pobre Niñito”! ¡Has estado jugando con el Nacimiento! Ahora... solo lo puedes mirar —y la voz malhumorada de su madre llenó el ambiente.



Lo miró, era él, Manuelito, el niño de la alforja mágica... que aún estaba cubierto de harina.

Un regalo para los lectores de [www.leemeuncuento.com.ar](http://www.leemeuncuento.com.ar) Espacio de Promoción de lectura y LIJ de la escritora Maria Fernanda Macimiani

Dibujos Rosa Ximena Espinoza Vega - Texto de Raquel Soto De Los Reyes de Vega  
[raquelsoto50@gmail.com](mailto:raquelsoto50@gmail.com)

-PROHIBIDA SU VENTA, LIBRO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA-

